

el momento de su participación en 1861. Pero también es cierto que las arcas de los hacendados tenían un límite, que no eran minas inagotables de metal transformable en monedas prontas a la inversión sin riesgos; entonces, para no exponerse a las veleidades de la tierra y a las lluvias volubles que tornaban más peligrosas las inversiones, se hizo práctica común entre los hacendados el arrendamiento y la venta de pequeñas y grandes extensiones de tierra, máxime que conforme avanzaba el siglo aumentaba el número de agricultores afanosos que demandaban tierras para el cultivo y facilidades para trabajarlas. Aunado a lo anterior, los hacendados, ante la presión de las deudas contraídas, las hipotecas eclesiásticas y la necesidad de metálico para recuperar a corto plazo las inversiones hechas, vieron como alternativa casi obligada la venta de algunas de sus posesiones.

También vemos cómo, dada la inobjetable consolidación de las haciendas en las unidades de producción, éstas cumplían con la doble función que les confiere Jan Bazant: organizadoras del trabajo de los peones y propiedad territorial que cobra dividendos a los arrendatarios de la tierra.

El caso de los Rincón Gallardo que nos presenta Gómez Serrano y los que analiza Brading, son semejantes y parecen llegar a la misma conclusión: la disolución y el desprendimiento "constituyen... la historia de la propiedad de la tierra durante la segunda mitad del siglo XIX: el paso del latifundio y de la posesión predominantemente colonial a la pequeña y mediana haciendas..." (Gómez Serrano); al describir el caso de la hacienda de Jalpa, Brading afirma que "tomando en cuenta las ventas de Santa Ana Pacueco y Cuitzeo, podemos deducir que en los años siguientes a la Independencia hubo una disgregación parcial de los grandes latifundios del Bajío y de los Altos Orientales de Jalisco. Este mismo fenómeno apareció en Zacatecas".

Por la brevedad de estos párrafos, no me resta sino convocar a Gómez Serrano que tan atraído se siente por los imperios y principados (por muy pequeños que sean, como el de los Guggenheim o el de los Rincón Gallardo), para que considere en sus análisis históricos a los pobres y humildes que no toman la pluma para hacer su historia, pero sí hicieron posible la riqueza de los grandes burgueses. Una cita de Claude Morin viene al caso: "La microhistoria que se interesa por miles de 'insectos humanos' no es menos fecunda que la macrohistoria que muy a menudo se reduce al estudio de la vida de los hombres que sobresalieron debido a la función que desempeñaron, a su fortuna o a su inteligencia. El predominio de algunos hombres descansa, generalmente, en el trabajo oscuro de los otros."

Por lo demás, nos congratulamos de que no sean ya únicamente los Chevalier, los Brading, los Powell, los Bazant, los Bellingeri y los Carmagnani, quienes se interesen y aboquen al estudio de ese binomio tan conflictivo en nuestra historia nacional: *tierra y sociedad*.

Moisés González Navarro, José María Luis Mora. La formación de conciencia burguesa en México, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984, 47 p. (Argumentos, ideas de nuestro tiempo, 7).

Laura Beatriz Suárez de la Torre

El liberalismo es elemento fundamental en la conformación del Estado mexicano, por lo cual aproximarse a los hombres que lo hicieron posible tiene un interés especial. En esta ocasión nos acercamos a la figura siempre sugerente de José María Luis Mora, cuya vida y obra es el tema de la monografía de Moisés González Navarro con la cual continúa su prolija labor sobre la historia de México.

De corta extensión y de carácter divulgador, el libro nos ofrece una visión

general de la vida de este liberal mexicano, que tuvo una actuación descolante en la vida política nacional. La confrontación entre dos personajes que podrían ser considerados antitéticos y que sin embargo guardan profundas semejanzas, es el punto de partida del relato de González Navarro. El autor toma a José María Luis Mora como el actor fundamental y a Lucas Alamán como parangón para tratar lo que ya hemos llamado la etapa de conformación del pensamiento político mexicano del siglo XIX. La comparación entre ambos a lo largo del texto, ayuda a corroborar las analogías.

Se divide en cinco apartados que nos van señalando los distintos aspectos que encierra la identidad de Mora. En el primero, se presentan sus datos biográficos más importantes, los rasgos más relevantes de su personalidad: sus estudios, su gestión como diputado en el Congreso Constituyente del Estado de México, su adhesión al partido escocés, su oposición a los yorkinos, su vida personal en el exilio, etcétera.

De esta brevísima semblanza biográfica pasamos a otra faceta, cómo es Mora fuertemente influido por las ideas europeas. Las preocupaciones que le aquejaron se reseñan someramente: el Estado, el federalismo, la conquista, la inquisición, la independencia, sus protagonistas, la revolución francesa, etcétera; todos estos asuntos son materia del capítulo II.

Luego entramos concretamente a su pensamiento político que versa sobre las cuestiones que se convirtieron en la pasión del liberal guanajuatense: el Estado, la ley, el absolutismo, el derecho a ciudadanía, el derecho de propiedad, el individualismo, la libertad, el orden, el republicanism, la empleomanía, etcétera, con lo que se integra el tercer apartado de la monografía.

En el capítulo IV se da mayor importancia a lo que resalta como rasgo distintivo del doctor Mora: su participación en las reformas que se llevaron a cabo en 1833-34, consideradas como el primer paso en firme del liberalismo mexicano; dichas reformas tuvieron la finalidad de delimitar el poderío de la Iglesia y desechar los privilegios que, tanto el clero como la milicia, habían acumulado durante el régimen colonial y que impedían el progreso nacional. De igual modo, se hace mención de la preocupación que el anticlerical Mora tuvo por difundir el Evangelio.

Para terminar el estudio, se dedica el último capítulo al pensamiento de Mora sobre la milicia, la política exterior de México, el indio; también se reseña su exilio personal, su opinión sobre asuntos nacionales, y sus semejanzas con Alamán.

Debido a la brevedad del trabajo, el autor se limita a apuntar los temas, sin profundizar en ellos; sin embargo la diversidad de los temas expuestos nos muestra de la inquietud de Mora, quien, como hombre perceptivo, quiso buscar soluciones a los problemas que enfrentaba México.

La lectura resulta ágil y sencilla; la combinación de las diversas fases de la vida de Mora con los acontecimientos nacionales clarifican la evolución en su pensamiento.

Tomando como fuentes las obras del propio Mora, de las cuales extrae algunos párrafos ilustrativos, González Navarro logra puntualizar la ideología y la actuación de este destacado liberal. También le sirven de apoyo para afinar y recalcar sus rasgos más sobresalientes los distintos estudios sobre él publicados. Sin abundar en citas, el autor vierte en el texto las principales ideas de Mora, enmarcadas por la situación existente en su época. Sin embargo, no se nos ofrece el vaivén característico de ese tiempo, que marcó a los protagonistas del proceso político de la primera mitad del XIX. Llevándolos a cambiar de posición, pasando del idealismo al pragmatismo. Así como se comprendería mejor la postura de Mora frente a Santa Anna, su admiración por Cortés, su oposición a la guerra de independencia, su federalismo, su pertenencia a la loggia escocesa y su rechazo posterior a la masonería, etcétera.

El capítulo IV se constituye, por su tema, en el fundamental. Mora, el alma de las reformas de 1833-34, encarna las aspiraciones del partido del progreso para "echar por tierra el poderío de la Iglesia". No obstante su importancia, no se alcanza a percibir el espíritu reformador que desde época temprana está presente en su vida.

Cabe hacer mención que si bien debe considerarse a Mora como forjador de la conciencia burguesa, la lectura del texto no lo refleja. Sí se señalan algunos aspectos que podrían darnos luz al respecto, pero falta puntualizar el cómo se constituyen en rasgos decisivos para la conformación de una conciencia burguesa.

Con todo, el libro se recomienda como un buen acercamiento a la vida del ilustre liberal que destacó a lo largo de la primera mitad del siglo XIX en México.

José Luis Orozco, *Las primicias del imperio, testimonios norteamericanos, 1898-1903*, México, Premiá, 1984, 128 p.

Guillermo Zermeño Padilla

Además de la acertada selección de los textos documentales, otra de las dificultades fundamentales de una buena antología radica en la significación que tengan dichos testimonios para los lectores en su presente. Estos, como todo historiador, tienen el privilegio de ver el pasado cuando éste ya se consumó, cuando las evidencias muestran qué tendencia prevaleció sobre otras y determinó en alguna medida la vida de las generaciones futuras. El rescate de documentos encuentra su sentido pleno cuando el pasado permite ilustrar, plantear, ver problemas que atañen al presente. Uno de estos problemas, sin lugar a dudas, necesario para entender el México de hoy, es el del imperialismo norteamericano que surge a manera de "primicias" en las postrimerías del siglo XIX.

El término imperialista, con frecuencia, ha sido desechado del vocabulario común por incluir connotaciones ideológicas que ofenden en este caso a la conciencia norteamericana. Se trata de un vocablo que cuestiona de raíz la esencia de la democracia estadounidense. Pero en éste como en otros casos, se aplica el dicho popular de que "la verdad no peca pero incomoda" y si una función tiene la historia, es la recuperación de este tipo de verdades que han querido ser oscurecidas, pero que una y otra vez, dadas las evidencias, vuelve a brotar como el cactus espinoso que se niega a morir ante la resequeza del suelo. La última aventura imperialista de nuestro país vecino del norte que terminó en el fracaso de Vietnam sacó a luz sus raíces imperialistas, las que después de unos años de prosperidad y consenso aparente volvieron a perturbar la conciencia del norteamericano y lo pusieron frente a la supuesta pérdida de la "inocencia", algo que ya desde estos años antologados por José Luis Orozco se había perdido.

Hasta antes de la guerra de Vietnam, la historiografía norteamericana trataba el desarrollo imperialista como un factor exógeno a la sociedad y economía. En esta antología *Las primicias del imperio* es imposible argumentar en contra de la existencia de un plan-estrategia imperialista que da forma y color a la nación norteamericana, no sólo desde ese año clave de 1898, sino desde las visiones expansionistas de los presidentes Jefferson y Jackson. Se puede decir entonces que la expansión territorial, con la acumulación de capital y producción de la riqueza consecuentes, la atracción de mano de obra barata y el desarrollo de las fuerzas productivas correspondían casi "por necesidad" a una expansión naval, comercial, militar y política en ultramar. José Luis Orozco ha podido seleccionar con gran acierto documentos testimo-